



## EL OTRO ARBOL DEL PARAISO

Cuenta la Biblia cómo Dios arrojó del Paraíso a Adán y Eva, en castigo por haberle desobedecido, y en la entrada puso un ángel, con una espada de fuego, para impedirles el regreso; pero no dice que todo ésto lo observaba Satanás, el ángel rebelde, causante de la desobediencia, oculto en la enramada del Paraíso y regocijado por el triunfo de su maldad.

El Señor, apenado por haber tenido que castigar con tanto rigor a sus criaturas más queridas, se había retirado al Cielo y sentado en su trono, se lamentaba:

– ¡Cuanto me cuesta admitir que mi previsión ha fallado! Primero se me rebela Lucifer, el Príncipe de mis ángeles, con una legión de ellos, y luego el hombre y la mujer, a los que di vida y formé a semejanza de Mí mismo...

En vano los coros de serafines y demás ángeles buenos entonaban sus más armoniosos cánticos celestiales para alegrar al Señor, cuya grandeza ensalzaban, y en balde las esferas rimaban el grandioso poema de la Creación. Nada aliviaba al Todopoderoso: Tanta era su pesadumbre.

Mientras, Satanás, exultante de diabólica alegría, paseaba su gozo por el valle del Edén y proclamaba su victoria así:

– Ahora soy yo ¡YO!, el amo del Paraíso, y lo seré de toda la Tierra. No he de parar hasta convertirla en un infierno como el que se me ha impuesto por mansión.

Cuando llegó al centro del valle, donde estaba el árbol del fruto prohibido, que tanto le había ayudado a realizar su obra de maldad, vio que estaba mustio y aún se mustiaba más a cada instante, como maldito, con los frutos pudriéndose en el suelo. A su lado, el Árbol de la Vida continuaba lozano; pero Satanás sólo le dirigió una mirada, pero una mirada diabólicamente siniestra, como la sonrisa que esbozó, y prosiguió su paseo.

Hay que decir que Satanás, o Lucifer o Belcebú, pues todos éstos nombres tiene, aunque estaba maldito de Dios, conservaba muchos de los poderes de que el Señor le había dotado cuando le creó: Podía tomar la forma que desease, entender y hablar el lenguaje de los animales, hacerse invisible, trasladarse veloz como el pensamiento y seguía siendo extraordinariamente bello y tan listo como malvado. En realidad era la maldad suma y la suma de todas las maldades.

También hay que aclarar que el pecado de Adán y Eva, y, por lo mismo, el castigo de Dios, no había alcanzado a los animales, que seguían viviendo y conviviendo dichosos y en paz, sin conocer el dolor, la enfermedad ni la muerte, pues no existían aun los carnívoros entre ellos, y todos se alimentaban con los ricos y variados productos de la tierra, ya fuesen hierbas, ya fuesen frutos.

Cuando Satanás veía al tigre comer junto al cervatillo y al lobo abrevar en compañía del cordero, sin el menor recelo, una envidia insufrible le hacía endemoniarse más todavía...; pero se consolaba con lo que su perversa imaginación le iba sugiriendo, que era,

como puede suponerse, algo verdaderamente satánico: Terminar con aquella paz dichosa que gozaban los demás seres y que, por nacer del bien y la concordia, a él le estaba vedada por los siglos de los siglos.

Una vez recorrido el Paraíso, como gran señor que recorre sus posesiones, volvió junto al árbol de la Ciencia del Bien y del Mal, que estaba ya muerto. Con la ayuda de una escuadra de sus diablos menores le sacó. En su lugar pusieron otro, de apariencia sumamente atractiva, le regaron con el agua de los cuatro ríos que discurrían por el Paraíso, agregando el jugo de varias plantas alucinadoras, y en poco tiempo las extensas y frondosas ramas llegaban hasta el suelo, grávidas de frutos, invitando a ser comidos con su atrayente color y gratísimo aroma. Sólo Satanás sabía que aquel árbol era el Árbol de la Discordia.

Luego, contemplando satisfecho su obra, se la ofreció a los animales, diciéndoles con voz meliflua:

– Aquí tenéis un árbol maravilloso, cuyos frutos reúnen el sabor de todos los demás y algunos gustos nuevos, que os agradarán como nunca habéis imaginado. ¡Comed! ¡Comed, que es todo vuestro!.

Pero los animales, en su inocencia, guiados por el instinto, recelaban de Satanás, y se retraían, pues echaban de menos a su amigo Adán, que les había dado a todos el nombre que tenían.

El diablo, que veía este recelo, no forzó la situación, sino que puso en práctica su malicia, cualidad que poseía en el máximo grado, así como poderes con que hacerla triunfar.

Para convencer a Eva, había adoptado figura de serpiente, pues la fascinación de la mirada y el poder persuasorio de la doble lengua fueron una buena combinación para su maligno fin; ahora, para persuadir a los animales obró del modo siguiente:

Él tomó la forma del Águila Real, que ya era la reina de las aves, y fingiendo confianza y alborozo comió del nuevo fruto con ostentoso agrado; a uno de sus lugartenientes le hizo adoptar la figura del león, el rey de los animales terrestres, el cual hizo lo mismo, comiendo también. Con esta argucia, aves y cuadrúpedos, arrastrados por el ejemplo de sus respectivos reyes, unos más y otros menos, la mayoría comieron del fruto del árbol satánico, y pronto empezaron a sentir sus efectos.

En los animales que hoy llamamos rapaces y fieras surgieron instintos sanguinarios, así como una extraña transformación de su anatomía: Crecieron picos y garras encorvados, duros y afilados; surgieron fuertes molares y robustos colmillos, y el tigre devoró al cervatillo, hallándole sabroso, mientras que el lobo hacía lo mismo con el cordero, el águila con la perdiz, el gavián con la paloma, el gato con el ratón, etcétera, y todos hallaron tanto placer en degustar la sangre y la carne que desde entonces prefieren este alimento a cualquier otro.

Gozabase Satanás en los resultados, viendo cómo la ferocidad de los animales carnívoros llenaba de pavor a los indefensos, que huían por doquier, abandonando el Paraíso, que se había convertido en un sangriento matadero. En la aterrorizada dispersión se extendieron por toda la Tierra, mientras que los sanguinarios los perseguían para devorarlos. La ferocidad y encarnizamiento de unos y el terror de otros confirmaban el nuevo triunfo de Satanás sobre la obra de Dios, pues no sólo había logrado la perdición de la pareja humana y, con ello, la de su descendencia, sino también destruir el Paraíso y convertir la Tierra en infierno, como se había propuesto. Tan completa fue la aniquilación de la vida paradisíaca y absoluta la devastación del Edén que no queda ni memoria de donde estuvo.

De modo que si la especie humana fue condenada por Dios al dolor, la enfermedad y la muerte, Satanás logró lo mismo con los animales, introduciendo en ellos la ponzoña de la discordia como factor dominante en el espíritu vital.

Sólo maldad tan grande pudo desencadenar daño tan extremado, maldad que nació en la envidia y se nutrió de la soberbia, sentimientos tan venenosos que destruyen la paz allí donde la encuentran.

Cuando, al fin, Dios recuperó el divino sosiego y dirigió a la Tierra su mirada, una nueva y gran pesadumbre le sobrecogió al ver lo que Satanás había hecho. Su infinita bondad se compadeció de los animales indefensos y les dió diferentes medios para protegerse. De modo que a unos los dotó de agilidad extraordinaria para correr o trepar y de colores miméticos para encubrirse; a otros, de agujón o cuernos para defenderse, garras robustas para excavar refugios, sentidos extrasensibles para advertir el peligro, fecundidad proporcional a su mortalidad, y, en definitiva, diversas facultades que hicieran difícil su captura por parte de sus enemigos. La benevolencia divina fué más lejos: Dictó la sabia y benéfica ley de la herencia selectiva, que mejora esos medios en cada generación, haciendo a esos animales más inteligentes, más fuertes y más seguros.

En cuanto a la especie humana, el Creador volvió también a ella su mirada, y sintió piedad viendo a qué extremado infortunio la había condenado. Pero como no podía revocar su propia sentencia, la suavizó concediéndole, además del arbitrio y el discernimiento, la esperanza, que es el mayor bien que puede gozar hasta el más infeliz de los humanos y que nos permite creer en toda clase de venturas, incluso en las que la razón tiene por imposibles.

Y ésta es la herencia que hemos recibido a través del tiempo, a la cual no podemos substraernos, lo mismo los humanos que los animales.

Y colorín colorado, ¿crees que este cuento se ha acabado?

Jerónimo G. Navarro Cámara